

Padre Obispo
Manuel Adolfo Acuña

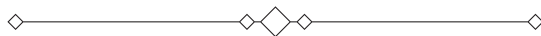
COMBATE CONTRA EL MAL

La realidad de los exorcismos

Luciérnaga

PADRE OBISPO MANUEL
ADOLFO ACUÑA

COMBATE CONTRA EL MAL



LA REALIDAD
DE LOS EXORCISMOS



Ediciones
Luciérnaga

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

© del texto: Padre Obispo Manuel Adolfo Acuña, 2020.

© de la foto de cubierta: Getty Images

Diseño de la cubierta: Planeta Arte & Diseño

Primera edición: febrero de 2021

© Edicions 62, S.A, 2021

Ediciones Luciérnaga

Av. Diagonal 662-664

08034 Barcelona

www.planetadelibros.com

ISBN: 978-84-18015-52-6

Depósito legal: B. 18.237-2020

Impreso en España – *Printed in Spain*

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como papel ecológico y procede de bosques gestionados de manera sostenible.

SUMARIO

<i>Prólogo</i>	9
<i>Observación</i>	11
<i>Introducción</i>	13
1. SENTIDO DE LA ENCARNACIÓN DE CRISTO (I).17	
2. EL SATÁN	31
3. EL MALEFICIO SOBRE LA TIERRA.....	59
4. SENTIDO DE LA ENCARNACIÓN DE CRISTO (II) .	75
5. EL MONO DE DIOS Y SUS INSTRUMENTOS.	133
6. CATEGORÍAS DE ESPÍRITUS.....	167
7. LOS ANCESTROS Y LAS ATADURAS	199
8. INFESTACIÓN DE HOGARES. CASOS REALES .	215
9. ¿POSESIÓN DE MUERTOS?	229
10. UN CASO MUY PARTICULAR: EL EXORCISMO DE LEGIÓN	237
<i>Notas agregadas al texto</i>	245
<i>Apéndices</i>	275
<i>Agradecimientos</i>	285

SENTIDO DE LA ENCARNACIÓN DE CRISTO (I)

El amor es difusivo de sí, define Santo Tomás de Aquino. La Creación entera es reflejo de ese Amor con mayúscula que llamamos Dios y todo lo bueno, saludable y feliz proviene de él. Pero antes de dicha Creación, ya había testigos vivientes de ese amor sin medida que disfrutaban en un tiempo sin tiempo, inmedible (y que llamamos Evo), en el gozoso silencio de la eternidad: los ángeles.

Los primeros seres creados por su amor para la eternidad fueron estas inteligencias sublimes a las que ni el tiempo ni el espacio le resultaban ni siquiera imaginables. Porque el tiempo y el espacio fueron creación hasta entonces guardada en el corazón del Padre.

Los ángeles, criaturas hermosas que despliegan su vocación de amor, lo hacen en respuesta al amor recibido del Creador. En ello somos iguales los ángeles y nosotros: en Dios el amor es iniciativa y en todas sus criaturas es una respuesta. Por eso el misterio del amor envuelve toda la Creación y el Plan Divino y, claro está, dentro de este, la misma encarnación de Jesús.

Pero el amor no obliga. Tampoco obliga a los ángeles. Mientras el Padre esparcía su amor en la forma infinita de la Creación de este mundo material y de todos los mundos, mientras contagiaba esa alegría inmensa a sus primeras criaturas, los ángeles, anunciándoles la belleza que como Madre Divina se preparaba a dar a luz, algunos de ellos decidieron que la no-realidad era más conveniente. Que era preferible no acompañar el emprendimien-

to creador que el amor inspiraba. Así, a la pulsión divina del amor se opuso la repulsión del odio. ¿Para qué crear más, si ya estamos nosotros?, se preguntó el que tenía el privilegio de llevar la luz, el portador de la luz, el más cercano al Trono: Lucifer.

La Creación y el regalo del Padre al Hijo

Lo que él no sabía es que todo lo que el Padre había decidido que fuera hecho era un regalo para su Hijo, Uno con él. Lucifer supo que no estaba solo envuelto en estos pensamientos. Había otros que pensaban como él, a los que los envolvía la misma repulsión, el mismo rechazo pero en diferentes grados. Fue entonces que Lucifer se quiso erigir en dios para estos, buscando ser adorado en su lugar. Porque, cuando negamos a Dios, lo primero es querer serlo en su lugar.

Aquel ángel vive en el defecto del no amor y, junto con él, toda la trinidad oscura que impera en el infierno helado de la soledad de Dios, aunque con la certeza de su existencia. Porque si bien Jesucristo habla del fuego ardiente del infierno, lo hace expresando la ira que quema el interior de Satanás. Ira por su locura negadora de la felicidad que un día pudo contemplar. Pero también está la helada condición de la soledad que conoce Lucifer, que habiendo estado tan próximo, se encuentra alejado del cálido abrazo del amor por propia decisión.

Recuerdo un exorcismo de una mujer a través de la cual el demonio se quejaba del espantoso frío que sentía. Pertenecía a las huestes de Lucifer, el que busca ser adorado y alabado, y a su alrededor se siente ofendido por el culto al Dios de vida y bondad. Esta mujer tiene una hermana melliza y ambas fueron víctimas de un trabajo de brujería en la tumba de su propia madre. ¡Este trabajo fue encontrado por ellas debajo de uno de los floreros de la tumba de su madre! Con la propia tierra del cementerio fue cubierta la foto de ambas hermanas y al mover dicho florero para colocar flores nuevas en una de sus visitas a la tumba, notaron que había tierra removida y se podía ver uno de los extremos de un papel. Para sorpresa de ambas, ese papel era su foto.

Claro está que sacaron la foto de allí y me la trajeron.

Una de las hermanas, ante lo que podemos llamar «desactivación del conjuro» que realicé en el momento de las bendiciones personales, al finalizar la celebración de la misa, se manifestó y cayó al suelo con movimientos frenéticos propios de la posesión. Debí ser sujeta por cinco personas, ya que sus movimientos eran muy agresivos e incluso peligrosos para ella misma. Los fieles que estaban alrededor cedieron el lugar para que pudiéramos comenzar el inevitable exorcismo. A las palabras propias de expulsión del demonio, ella gritaba con fuerte voz como agonizando. ¡Habíamos revelado la presencia del mal!

La otra hermana también cae y comienza —al igual que ella— a hablar en distintas lenguas, pero no con las manifestaciones de su melliza. (No olvidemos que los demonios son ángeles caídos y que por ello conservan su propia lengua.) Al poseer yo el don de lenguas y su interpretación, pude escuchar, acompañado del lamento del demonio, las palabras que, inentendibles para otros, afirmaban el frío del infierno. Todo esto en la hermana manifestada. La otra requirió solamente dos personas que la sujetaran y —como en estado de trance— continuaba con el idioma extraño a los oídos humanos.

Quiero aclarar que la «desactivación de un conjuro» sobre un objeto no necesariamente se corresponde con la posesión de una persona, pero en este caso estaba directamente relacionada, pues la cadena del mal se había producido por la brujería sobre la foto con la tierra de cementerio ¡y en la propia tumba de su madre!

La hermana más sensible fue la receptora de todo el efecto de dicho daño mientras que la otra se encontraba necesitada de una liberación y no de un exorcismo. De aquí podemos decir que, aunque ambas fueron víctimas de tal odio enviado, no lo recibieron de la misma manera. Hay personas sensibles y personas opacas. Le doy este nombre a las primeras porque todo aquello que hay en el ambiente —energías negativas, cargas y hasta el llamado mal de ojo— es captado y sufrido por ellas; mientras que las personas opacas son como portadoras sin sentirlo. La persona sensible sufre cargas espirituales y energéticas que no solamente encuentra en un ambiente o en compañía de alguien claramente tocado por un daño, sino también de las personas opacas, que sin sentir tal daño, lo llevan consigo. Era el caso de estas dos hermanas.

Dios da lugar al testimonio muchas veces del demonio y es el único momento en el que hay que permitir que hable. Esto solamente ha de discernirlo el exorcista. En lo general, ¡debe callarse siempre al demonio cuando se acerca a tentarnos, pues es la primera puerta que busca abrir para entrar a nuestras vidas!

En el caso que nos ocupa, el demonio nos señala —y enseña con el permiso de Dios— el frío del infierno. ¿Cuántos han retratado el infierno como el espacio del frío helado de la soledad? Es para pensar que dicho acontecimiento es una verdadera revelación de parte del demonio del estado de ellos y las almas perdidas. Luego del exorcismo de una de ellas y la Oración de Liberación sobre la otra, el resultado fue la recuperación completa de ambas.

En la Oración de Liberación, es muy aconsejable que toda la iglesia rece junta, pues no se trata de imprecaciones contra el diablo, sino de invocaciones a Dios para que la persona sea libre.

Cabe destacar que el odio, la ausencia del amor —pues en definitiva lo que define a los demonios es la carencia—, es una de las características del embrujamiento. Existe una categoría de maleficios que reciben el nombre de «maleficios de odio» y se hace evidente cuando la persona comienza a sentir indiferencia por sí misma, sus objetivos y posteriormente por sus seres queridos. El maleficio de odio precede al llamado amarre, que no es otra cosa que la sustitución del verdadero amor por uno falso, causado por dicho acto maligno. Toda forma de hechizo, maleficio, conjuro de malignidad, tiene como fundamento un pacto con el demonio y por ello sus frutos serán a largo plazo de desgracia para quien los encarga. ¡Ni qué decir de los maleficios de muerte!

Casi siempre los maleficios de amarre se hacen con un soporte propio de las esencias humanas de quien resulta la víctima desprevenida de la brujería, sean estas saliva, cabello o semen. Más adelante hablaré de las brujas y de los brujos, pero creo este el momento oportuno para comentar que el odio, principio por el que se apartan los ángeles de la contemplación de Dios, sigue actualizado en las brujerías como la que acabo de comentar, pues tampoco hay amor donde hay ligadura.

Recuerdo el caso de una mujer que —con verdadera desesperación— en el momento en que distribuía la Santa Comunión se

detiene delante de mí y, con lágrimas en los ojos, me dice: «Padre, ¡hice algo terrible! Amarré a mi pareja». Al pedirle yo detalles de semejante acción, me comenta que fue a una bruja y esta le pidió que le llevara dos pañuelos, uno de ellos con el semen de su amante y otro sin nada. Así lo hizo. A los pocos días la bruja le devuelve los dos pañuelos anudados, y le da las indicaciones precisas, explicándole que el pañuelo que no tenía nada llevaba ahora bordado su nombre en hilo rojo.

Le pregunté dónde tenía enterrado el trabajo de magia negra, pues suponía yo que debía de estar bajo tierra y ella me respondió: «¡Lo tengo debajo de la cama, a la altura de la cabecera de mi pareja!». Y agregó: «Una vidente que consulté hace poco descubrió que yo había hecho un amarre de pareja y me dijo que ese trabajo lo pagaría muy pronto con la vida de mis dos hijos y que ella no podía hacer nada».

Evidentemente, la mujer frecuentaba el mundo del ocultismo, en el que yo digo no hay que indagar ni introducirse siquiera por casualidad. Pero no era hora de llamarle la atención por esto, ya que su conmovedor relato concluyó con un pedido angustioso:

—¡Salve a mis hijos, Padre, por favor!! —Y lloró.

—¡Es Dios quien te los va a salvar! —le contesté inmediatamente, y al momento llamé a dos señoras de mi equipo para que la acompañaran a su casa a traerme ese trabajo que, vale decir, su pareja no sabía que se encontraba allí. Al recibirlo rompí el conjuro en nombre de Dios.

Toda brujería tiene un precio más alto que el económico, y es el que se cobran con los seres queridos. El diablo odia y busca la desesperación y la aniquilación del ser humano. En ese orden. Desesperación para que reniegue de Dios y aniquilación para terminar con su vida.

Volveremos sobre el tema.

El ser humano a imagen y semejanza

El objetivo de Lucifer fue tratar de mostrar a Dios su «error» al crear a la humanidad. El «desperdicio» de compartir su amor con

los monos parlantes, como gusta él de designar al ser humano. Mientras, el Señor de todo amor creaba al hombre a su imagen y semejanza. Esto es, a la imagen del Hijo cuya encarnación ya estaba prevista en el Plan Divino y a semejanza de sí mismo, en comunión de amor. Esto explica por qué el ser humano podía pasarse a la hora de la brisa —al atardecer— por el Jardín y conversar con su creador.

Imagen y semejanza que se ven heridas por el pecado de desobediencia. La desobediencia a la que fue invitado por el diablo. Así perdimos la semejanza con Dios. Ya no nos podríamos pasear en el atardecer apacible del Jardín de bondades y conversar con el Padre, sino que seríamos arrojados fuera de esa armonía divina a causa de la desarmonía de la desobediencia.

El demonio sonríe mientras el ser humano llora. La desgracia de la humanidad es la alegría del diablo. ¡Por eso la posesión despliega fealdad e inmundicia. La fealdad e inmundicia que no son de este mundo! La semejanza, por tanto, al ser nuestra relación con la Gracia —el amor— herida por la desobediencia, es perdida en el Edén, entendiéndolo como el «lugar» de la Gracia, del que somos expulsados por propia decisión.

El Creador nos hizo para la felicidad ¡y lo sostiene! Por eso en el Paraíso anuncia el llamado protoevangelio. Es en el Génesis donde el mismo Dios anuncia a la serpiente que la mujer (que a partir de ese momento parirá con dolor) iba a dar a luz a aquel que le pisaría la cabeza, tal y como sucedería con María, Evangelio de la Encarnación, y el Hijo Divino de Dios. ¿Hay un poder exorcístico en María? Por supuesto que sí. Pues ella tiene autoridad delegada por Dios para pisarle la cabeza al mal.

Recuerdo un exorcismo impresionante, no por su manifestación, sino por la presencia directa de la Virgen y San Miguel arcángel.

Se trataba de una señora de alrededor de sesenta años. Ella, con una posesión de muerto —ya hablaremos de esta discutida posibilidad negada por algunos, pero afirmada por los que conocemos las posesiones reales—, durante su exorcismo habla con voz masculina y dice:

—Estoy aquí, enviado por [¡y pronuncia el nombre de un pariente de la mujer!] para causarle cáncer y no puedo hacerlo debido a sus oraciones.

—¿Cómo llegaste? —fue mi pregunta ante semejante manifestación.

—Traído por brujería y no quiero estar más aquí. Me siento obligado y quiero irme.

Enseguida, dichas estas palabras, agregó algo que nosotros con nuestros ojos humanos no podíamos ver, pero que se hizo patente en olor a jazmines. Dijo lo siguiente:

—¡¡Ahí llega, trae su espada de fuego!! —Supimos que se refería a San Miguel arcángel—. Detrás está ella. —Una sonrisa como de paz acompañó las palabras que con voz masculina pronunciaba la mujer—. Es hermosa... —pausa—. Trae toda la luz.

Nosotros supimos que se trataba de la Madre de Dios.

¡No habíamos hecho ninguna oración excepto el Padrenuestro antes de comenzar el Ritual de Exorcismos!

Enseguida, con un grito fuerte de las dos voces (la de la mujer y el espíritu) supimos que se había ido. Fue libre para presentarse ante el Trono de Dios. Mi equipo y yo fuimos testigos de un exorcismo que no necesitó intervención humana.

Como luterano afirmo —así como lo hice en Roma en la Cumbre de Exorcistas— que la Virgen tiene poder exorcístico.

El caso iniciado con el pecado. Principio de la guerra espiritual

El protoevangelio entonces es el anuncio del triunfo de Dios sobre Satanás y los espíritus inmundos a través de la Encarnación del Hijo de Dios. Este punto sustentado bíblicamente —y por la experiencia exorcística— señala el principio de la guerra espiritual, una guerra que comenzó en los cielos y continúa aquí en la Tierra. La trinidad satánica organizada en el infierno busca la perdición de los hombres por su constante negación del amor.

Pero cabe destacar que los demonios son los primeros que sufren el infierno. ¿Se imaginan el dolor de Lucifer y los demás

caídos, que tienen la certeza de haber sido creados por el amor de Dios y no pueden agradecerle que existan? Porque, en cuanto existen, son buenos. Porque es mejor ser que no ser. Pero al negar a su Creador, niegan la bondad de su existencia y con ello todas las posibilidades de felicidad que podían haber obtenido al lado del Padre. ¡Es de lo que quieren privar al ser humano! La desesperación es su herramienta para que el hombre llegue a decir «no hay Dios», y niegue su destino de felicidad plena, muchas veces desafiada por la realidad de este mundo, donde todavía tiene cierto poder residual el demonio, como dios de este siglo. «Dios de este siglo» es la expresión de San Pablo apóstol para definir todo lo inmundo (lo fuera de este mundo creado por la voluntad de Dios). Esto es, el odio, la enfermedad, el rencor, la envidia y hasta la mismísima muerte.

El fruto del pecado es la muerte. En ello se encapricha el diablo para que el hombre se aparte de Dios.

El amor contra el odio.

La guerra contra la paz.

La solidaridad contra el egoísmo.

La envidia y la competencia como camino.

Y mucho más.

Todo ello exaltado en *La Biblia Satánica*, fruto febril de los satanistas que hacen escuela, hoy, siglo XXI visible, pero siempre presente desde el siglo II de la era cristiana. Las pasiones como camino y la satisfacción de los instintos como sentido de la naturaleza. Pero la guerra espiritual también tiene a sus hacedores de luz: los creyentes y las personas de buena voluntad. Porque ciertamente hay muchos que, sin creer, viven como el Evangelio manda.

Volviendo al protoevangelio, donde se anuncia el Sí de la Virgen María para que la encarnación del Hijo de Dios fuera posible; el diablo trabaja para que todos digan No a tan grande voluntad de amor.

La guerra espiritual es una realidad. Tan antigua como presente. No hay medias tintas, no hay personas «neutrales» en este campo de batalla que es la vida presente. Jesús dijo: «El que conmigo no junta, desparrama». Y agrega: «Que tu palabra sea,

sí, sí; no, no». Al ser él mismo la Palabra de Dios hecha hombre nos habla de la fuerza de nuestra palabra.

En la guerra espiritual, el Padre le dio una espada de fuego a San Miguel arcángel, que hoy custodia la entrada al Paraíso (al estado de Gracia total del ser humano). Y también le da al Espíritu Santo una espada. Todos lo simbolizan como una paloma, ya que así se apareció a Juan el Bautista a la hora en que Jesús comenzaba su ministerio temporal. Pero no es una paloma al momento de descender a sus discípulos. ¡Es una lengua de fuego sobre cada uno!

Así, la espada del Espíritu Santo, al descender como lengua de fuego sobre nosotros en Pentecostés, nos revela de parte de Dios Padre que es nuestra lengua la espada de fuego que el mismo espíritu llevará. Así, en la guerra espiritual, San Miguel lleva la espada de Dios en su mano y nosotros la espada del Espíritu Santo en nuestra lengua. Cada palabra puede resultar de bendición o maldición.

El apóstol Santiago, en su Carta en el Nuevo Testamento, dice que en nuestra lengua está «el poder de la vida y de la muerte». Por eso hay que tener cuidado con las automaldiciones. ¿Qué es una automaldición? Es la palabra que brota de nuestra boca para habilitar al enemigo a hacernos el mal. Es el filo del diablo que toma el lugar del filo de Dios. Debemos rechazar toda palabra de automaldición dicha en nuestra vida. Muchas de ellas vienen aprendidas desde nuestra niñez. Son palabras que nos han humillado y las hemos creído. Son palabras repetidas automáticamente así como hay pensamientos automáticos. Los pensamientos automáticos son fruto de la repetición de consignas, mandatos familiares casi siempre, que recibimos como verdaderos «dogmas» sin discusión alguna y que solamente nos traen consecuencias de sufrimiento y dolor. Para el diablo, que por generaciones viene trabajando sobre las personas y familias, es conveniente que estos pensamientos automáticos se afiancen a lo largo del linaje.

Dios siembra el trigo, el diablo, la cizaña. Así, afirmaciones como «en nuestra familia todo es resultado de mucho esfuerzo», nos privan tal vez de regalos celestiales que perdemos al no po-

derlos ver, ya que no exigen que nosotros demos nada a cambio. Son bendiciones que resultan al final trastocadas por el diablo en maldiciones. A muchas personas les cuesta ser felices a causa de los pensamientos automáticos, pues estos no se discuten, sino que exclusivamente nos «obligan» a vivir sus consecuencias. El diablo quiere hacernos personas previsibles a través de las malas palabras que contra nosotros mismos salen de nuestra boca. ¡Y muchas veces esas palabras las traemos incorporadas por haberlas oído repetidas veces desde nuestra niñez!

En la guerra espiritual el diablo aprendió a decir «amén» en nuestra contra, mientras Dios dice ese «amén» en nuestro favor. Somos protagonistas, actores directos de la guerra espiritual en nuestros días. ¡Por eso se manifiestan tantas posesiones en este siglo!, pues el diablo quiere desviar el rastro de nuestros pies para que no nos lleven hacia la tierra prometida por Dios para nuestra felicidad. La tierra que mana leche y miel, esto es, alegría y prosperidad. Así se lo prometió a nuestros hermanos mayores del pueblo judío y sus promesas no cambian.

Devolución de la Creación al Padre. El Amor Trinitario

Cuando el Padre Dios hizo la Creación y nos hizo a imagen y semejanza de él, nos hizo como su Hijo amado. Por ello, en el vínculo íntimo y sagrado del Amor Trinitario, el Hijo se encarnó para devolver esa semejanza y que —así como él se hizo hombre— nosotros podamos llegar a disfrutar de Dios. La Cruz fue el instrumento; el odio con el que fue clavado, la herramienta, y su Sangre, nuestra reconciliación. ¡Reconciliación que el diablo nunca pudo lograr por su elección eterna! De ahí que los seres humanos podamos volver sobre nuestros pasos y retornar al amor de Dios, y los demonios no. ¡Envidia del diablo es nuestro destino, como lo es nuestra Creación decidida por Dios!

El Hijo vino, predicó e hizo milagros para mostrar que el reino de Dios está cerca. Ha de volver para entregar la Creación al Padre. Así, el amor indiviso de la Trinidad recupera la Creación. Así, se entiende que toda prueba a la que somos sometidos, cuan-

to más grande es, más bendición atrae. Así, se comprende que el acusador está vencido, como lo estuvo cuando acusó a Job y este por su fe resultó triunfante.

Los exorcismos —cada uno de ellos distinto, sin igual— muestran las facetas del odio del enemigo de la humanidad, pero sobre todo señalan el triunfo irrefrenable del Dios de todo amor.

—Si yo expulso a los demonios con el dedo de Dios, quiere decir que el reino de Dios está cerca (Jesús).

Muchas personas llegan a mí y me dicen: «Antes no creía, ahora creo». Un ejemplo del triunfo de Dios que como exorcista he vivido personalmente fue el arrepentimiento de satanistas que llegaron a la iglesia. Se trataba de un matrimonio mayor que, al momento de las bendiciones personales, me dijeron que ellos hasta hacía muy poco habían trabajado exclusivamente para Satanás. ¡Sí, exclusivamente!

—Padre, en nuestra casa se encuentran enterradas cosas que consagramos a Satanás en nuestras prácticas, pero que ya no queremos seguir haciendo. Solamente nos han traído desgracias.

Ante esta afirmación, llamé a mi lado a asistentes que en aquel tiempo se encontraban estudiando conmigo como consultores exorcísticos y los envié inmediatamente al hogar de este matrimonio para retirar dichos elementos y traerlos a la iglesia. Ustedes podrán observar que en muchas circunstancias yo no dejo que estas personas permanezcan hasta el final de la misa en la parroquia y esto es porque creo que el obrar de Dios requiere inmediata respuesta. Además, este matrimonio necesitaba romper el pacto hecho con el diablo antes de poder comulgar, y eso sería otra historia.

Al retorno de su visita —que pedí fuera filmada para los archivos personales—, me encontré con la tremenda sorpresa de ver, ¡por primera vez!, un altar satánico. Es de forma circular, con el nombre de Samael en el centro y la estrella invertida que es conocida por muchos como el signo del macho cabrío. Sobre ese círculo —elaborado por la propia mano de los satanistas— tomaba asiento la bruja para desplegar sus conjuros.

Con ello, llega a mi poder la daga de consagración, afilada y con una punta lo suficientemente cortante como para producir

sangrado en quien la aplique sobre su cuerpo. En este caso, la misma bruja para definir aquel círculo siniestro sobre el que tomaría asiento con su propia sangre. También el cuchillo correspondiente a los cultos por los que se quitaría la vida a algún animal —preferentemente cordero, gallina o cabra—. Ambos elementos cortantes envueltos prolijamente en un paño de color rojo.

Con ello, fue desenterrado del patio de aquella casa una imagen de la llamada San la Muerte —demonio muy popular en Argentina— dentro de un cofre de madera y tapado con tierra de cementerio. Junto con la imagen se encontraba a su lado enterrado también un botellón de bebida alcohólica, como ofrenda a dicho demonio.

La realidad supera la ficción.

A su vez, y con hueso de fémur humano, se encontró una imagen del esqueleto con que se representa a San la Muerte y que, en muchos casos, en un tamaño más pequeño, se coloca bajo la piel, con una pequeña incisión, a los efectos de ser inmunes a las balas de la autoridad policial.

Es momento de destacar que la llamada San la Muerte es un culto muy difundido entre los malvivientes y que su imagen —la de la calavera— no solamente se hace en hueso humano, sino muchas veces con la vaina de una bala policial, siendo injertado en el omóplato izquierdo de quien pacta con ella, además del pacto que muchos señalan con los tatuajes de la calavera en su espalda. En Argentina, su culto se relaciona (y muchos no lo saben) con el del famoso gaucho Antonio Gil, llamado popularmente el «gauchito Gil». Este maleante ladrón fue cultor de San la Muerte y se dice que por su pacto no podía morir a causa de tener consigo —algunos dicen en su omóplato y otros colgada de un cordel en el cuello— la imagen de la calavera. Su agonía fue terrible hasta que pidió se quitara de él esa atadura. Sus colores, el de ambos —el gaucho mencionado y la muerte— son el rojo y el negro. La violencia y la muerte...

En la casa mencionada, cuya labor de desentierro llevó horas, también se encontraron varias imágenes del señor de la guadaña (la muerte) con trajes de diversos colores: rojo, verde y negro.

Estos son los colores propios de la magia, que aunque todos crean que es exclusivamente negra, puede distinguirse por sus objetivos. Queremos remarcar entonces que existe magia roja (la que se invoca para hacer un mal con sangre animal o humana); magia verde (la que utiliza brebajes de diversos contenidos para buscar sus objetivos, en forma de sahumeros o bebedizos) y magia negra (que directamente invoca a Satanás). Hay otras categorías de magia: azul (destinada al control de la mente con el claro objetivo de influir sobre decisiones y dominar conductas e incluso implantar falsos recuerdos) y gris (a veces difícil de reconocer, pues es una conjunción de la magia blanca —que utiliza representaciones del bien— y la magia negra), que también están presentes en algunos trabajos espirituales para invocar daños sobre sus víctimas.

El exorcista ha de conocer cada uno de estos procedimientos, pues hay que conocer las herramientas del enemigo, como también sus antídotos. Para el uso de invocaciones durante el exorcismo, hay que saber si la posesión procede de un espíritu maligno (demonio) o de un espíritu de muerto (esclavo llegado por invocación, esto es, el uso de algún estilo de magia) y con ello su particular objetivo en contra de la persona.

Respecto a la invocación de muertos, fue sorprendente encontrar también una tabla ouija hecha muy prolijamente a mano por estos satanistas. La invocación de muertos es posible, pero la Biblia la condena. El caso más claro en la Escritura Bíblica es el del rey Saúl consultando a una bruja para que se haga presente el espíritu del ya fallecido juez Samuel, el último juez de Israel. ¡Él se hace presente ante la invocación! Esto quiere decir que es posible, pero inmediatamente le dice a Saúl para su sorpresa: «¿Por qué has molestado mi descanso?».

Primer aprendizaje que nos deja este pasaje: el brujo o la bruja pueden invocar muertos. Segundo: ellos se harán presentes. Tercero: estos se molestarán por dicha llamada.

El resultado en Saúl posteriormente es una gran depresión que no lo abandonará hasta su muerte. Después de una derrota contra los filisteos —pues el favor de Dios lo había abandonado—, le pide a su escudero que con su espada lo traspase. ¡Saúl se hace matar! Acto seguido, el escudero se suicida. Cabe destacar que

los tres hijos de Saúl murieron ese mismo día a manos de los filisteos. Puede que algunos no encuentren relación directa entre el hecho de invocar al fallecido juez de Israel, Samuel y las desgracias que siguen, pero lo cierto es que podemos relacionarlos.

Por otro lado, retornando a la devoción a San la Muerte, no conocemos caso en que la muerte misma haya salvado de su abrazo a los que le rezan a ella. Un demonio nunca salva, al contrario: esclaviza, arrastra y condena. En Argentina existen «guarderías» para San la Muerte. Esto es, lugares específicos —atendidos por brujos y brujas— que «cuidan» las imágenes de los devotos de ella, para hacerles las ofrendas prometidas cuando estos salen de vacaciones. En caso contrario, podrían enojarse con sus cultores y traerles desgracias. Mucho de esto tiene lugar en el norte argentino.

Los satanistas se toman muy en serio su trabajo a favor del mal. A veces hace falta una comunidad cristiana entera para disolver un daño que no se trate de posesión, además de toda la perseverancia de la persona o familia involucrada en ese daño. Pero el Señor Jesús prometió que él está «donde dos o tres se reúnan en mi nombre». ¡Esa es la garantía de nuestra victoria! Los creyentes congregados —cualquiera que sea su denominación— en el nombre de Jesucristo alcanzan por la fe y la perseverancia en la oración el triunfo contra toda prueba, porque cuando grande es la prueba, más grande es la bendición. Después de la prueba, la fe da sentido a lo vivido.

Dije y remarco: Dios es el propietario irrefrenable de la victoria porque él es el Dios de todo amor.